

“Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad”: la religión de Miguel de Unamuno

*“Searching for truth in life and life in truth”: the religion
of Miguel de Unamuno*

JOSÉ MIGUEL ÁNGELES DE LEÓN¹
Centro de Investigación Social Avanzada A.C. (CISAV), México
jose.angeles@cisav.org

RESUMEN

El 9 de diciembre de 1907, en *La Nación* de Buenos Aires, Unamuno publicó el breve ensayo “Mi religión”, en el que intentó responder a la pregunta incesante sobre su propio credo, así como describir su “talante espiritual”. La respuesta de Unamuno es sobria: “Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad”. Al responder de manera tan categórica, afirma que no buscaba “sino plantear algo mejor el sentido de tal pregunta”. Además de presentar el resto de la respuesta de Unamuno, abundaremos sobre la relación entre la verdad y la vida y su importancia central dentro del fenómeno y el sentimiento religioso que Unamuno pretende, por lo menos, enunciar y distinguir. Notaremos que, para Unamuno, el tema de la “verdad y vida” trasciende a la filosofía, pero también a la teología, que, a su parecer, no es sino racionalización filosófica del gran misterio que es nuestra existencia.

Palabras clave: Filosofía de la religión, Persona, fe, razón, quijotismo, verdad, vida

ABSTRACT

On December 9, 1907, in *La Nación* of Buenos Aires, Unamuno published the short essay “Mi religión”, in which he tried to answer the incessant question about his own creed, as well as describe his “spiritual character”. Unamuno’s response is sober: “Seek the truth in life and life in the truth.” By answering so categorically, he affirms that he did not seek “but to better raise the meaning of such a question.” In addition to presenting the rest of Unamuno’s response, we will elaborate on the relationship between truth and life and its central importance within the phenomenon and religious feeling that Unamuno intends, at least, to enunciate and distinguish. We will note that, for Unamuno, the theme of “truth and life” transcends philosophy, but also theology, which, in his opinion, is nothing more than a philosophical rationalization of the mystery that is our existence.

Keywords: Philosophy of religion, Person, faith, reason, quixotism, truth, life

¹ ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1280-4706>

Introducción

“Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad”,² así le responde Miguel de Unamuno a uno de sus lectores, la pregunta: “Y bien, en resumidas cuentas, ¿cuál es la religión de este señor Unamuno?”

En tal respuesta epistolar, que en el tono unamuniano habitual termina siendo una suerte de ensayo articulado, Unamuno plasma lo central de una teoría (o inclusive filosofía) de la religión (aunque para Unamuno tal sea oxímoron³), que será su punto de partida para los desarrollos filosóficos que escribirá posteriormente al respecto, pese a que es bien sabido que es difícil encontrar una continuidad doxográfica en la obra unamuniana. Algunas de las tesis de “Mi religión”, si bien con algunos matices, son el sustrato principal de las ideas esenciales sobre la religión plasmadas en *Del sentimiento trágico de la vida*.⁴ Esta respuesta epistolar de Unamuno, originalmente aparecida en *La Nación* de Buenos Aires en 1907,⁵ posteriormente apareció publicada con el nombre de “Mi religión” en *Mi religión y otros ensayos* de 1910.⁶

“Mi religión” corresponde a una etapa del pensamiento unamuniano, muy distinguible, que va más o menos de 1904 a 1912, periodo que es la antesala de *Del sentimiento trágico de la vida*, y que corresponde a su primer mandato como rector de la Universidad de Salamanca, así como a la creación y publicación de otros textos relevantísimos dentro de la obra unamuniana, por ejemplo, *Niebla*⁷ (comenzada en 1907 y publicada en 1913) o *Vida de Don Quijote y Sancho*⁸ (escrita en 1904 y publicado en 1905). Podría decirse, a nivel filosófico, que “Mi religión” es una suerte de enlace doxográfico entre *Vida de Don Quijote y Sancho* y *Del sentimiento trágico de la vida*. Al periodo quijotista entre 1902 y 1924, Jesús G. Maestro, le llama “el quijotismo quijánico”,⁹ al periodo comprendido entre 1904 y 1912, ubicado dentro del “quijotismo quijánico”, nosotros le llamaremos “el quijotismo caballero de la fe”. Cabe

² DE UNAMUNO, M., “Mi religión”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958, p. 124. A partir de ahora se citará como “MR”.

³ DE UNAMUNO, M., “La fe”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958, p. 100.

⁴ DE UNAMUNO, M., “Del sentimiento trágico de la vida”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958, pp. 125-454. A partir de ahora se citará como “DSTV”.

⁵ DE UNAMUNO, M., “Mi religión”, *La Nación*, 9 de diciembre de 1907.

⁶ DE UNAMUNO, M., *Mi religión y otros ensayos*, Madrid: Editorial Renacimiento, 1910.

⁷ DE UNAMUNO, M., *Niebla*, Madrid: Cátedra, 1982.

⁸ DE UNAMUNO, M., *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid: Editorial Renacimiento, 1914. A partir de ahora, “VDQyS”.

⁹ MAESTRO, J. G., “Miguel de Cervantes, Miguel de Unamuno: El Quijote desde la experiencia estética de la recepción de 1898”, en *Actas II de Asociación de Cervantistas*, Madrid, 1991, pp. 241-242.

“Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad”: la religión de Miguel de Unamuno

señalar también que muchas de las ideas unamunianas en torno a la religión y específicamente en torno al cristianismo serán refutadas, o por lo menos contradichas, en obras posteriores al “quijotismo quijánico”, sobre todo en *La agonía del cristianismo*.¹⁰ En *La agonía del cristianismo*, comenzada en 1923 y concluida en 1925, Unamuno postuló una nueva teoría (o filosofía) sobre la religión, lo religioso y el cristianismo de la que podríamos tirar hasta los dramas filosóficos (y religiosos) centrales de *San Manuel, bueno mártir*,¹¹ *Nivola* de 1931, donde parece olvidado ya el tema del “vitalismo quijotista”, que ha sido sustituido por un “quijotismo agónico”, y aparece reinterpretada la noción de “hambre de inmortalidad”, propia de *Del sentimiento trágico de la vida*.

Este ensayo sostiene la hipótesis central de que, tal como se anuncia en el epílogo de *Del sentimiento trágico de la vida*, la religión de Unamuno (así como la de todos los españoles, en la que se incluye don Miguel) es el quijotismo,¹² cuyo imperativo central (su credo nuclear) es “buscar la vida y la vida en la verdad”.¹³ Unamuno llega a tal imperativo como conclusión al desarrollar su propia teoría de la religión y del fenómeno de lo religioso, que como hemos dicho plasma en “Mi religión” y desarrolla ampliamente en *Del sentimiento trágico de la vida*.

Para argumentar las hipótesis propuestas desarrollaremos los siguientes puntos: En 1. “¿Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad?” Abordaremos aquello que Unamuno entiende por verdad, vida, voluntad y razón. Asimismo, desarrollaremos lo que para Unamuno es la religión, cuyo actuar y sentido propio sería “buscar la vida en la verdad y la verdad en la vida”.

En 2. “El hambre de inmortalidad y el sentimiento trágico de la vida”, a partir de los primeros capítulos y del epílogo de *Del sentimiento trágico de la vida*, concluiremos sobre la que sería, según nuestra hipótesis, una descripción más acabada de la respuesta a la pregunta “¿cuál es la religión de este señor Unamuno?” dada por don Miguel en “Mi religión”, y que se sostiene con mayor profundidad filosófica (o sentimiento filosófico) a partir de una antropología volitivista, pero que ha fracasado en tal búsqueda al buscar el consentimiento de la razón en asuntos de fe.

¹⁰ DE UNAMUNO, M., “La agonía del cristianismo”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodísio Aguado, 1958, pp. 461-562.

¹¹ DE UNAMUNO, M., “San Manuel, bueno mártir”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodísio Aguado, 1958, pp. 584-628.

¹² Dice Unamuno: “Y hay una figura, una figura cómicamente trágica, una figura en que se ve todo lo profundamente trágico de la comedia humana, la figura de Nuestro Señor Don Quijote, el Cristo español en que se cifra y encierra el alma inmortal de este mi pueblo. Acaso la pasión y muerte del Caballero de la Triste Figura es la pasión y muerte del pueblo español”. UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 418.

¹³ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 124.

En 3. “El quijotismo unamuniano” a modo de conclusión, siguiendo nuestras dos hipótesis defenderemos que a pesar de la ambigüedad unamuniana de que su religión es “Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad” y que es, a su vez, enemigo de toda ortodoxia, al menos en este periodo de la obra unamuniana, sí hay ciertos elementos bien definidos de la religión (o filosofía) unamuniana desde donde se puede entender, particularmente, lo que él llama “quijotismo”.

1. ¿Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad?

Unamuno intenta “no responder” a la pregunta “Y bien, en resumidas cuentas, ¿cuál es la religión de este señor Unamuno”,¹⁴ sino que más bien pretende “plantear algo mejor el sentido de tal pregunta”.¹⁵ Esto porque, según Unamuno, el lector que le formula tal pregunta realmente busca que él les dé “un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en su pereza”.¹⁶

Unamuno argumenta, para introducir su propuesta, que lo propio tanto de los individuos como de los pueblos de espíritu perezoso, se lo propongan o no, es propender al dogmatismo. Al dogmatismo, Unamuno antepone “la posición crítica o escéptica”, y aclara:

Escéptica, digo, pero tomando la voz “escepticismo” en su sentido etimológico y filosófico, porque escéptico no quiere decir “el que duda”, sino “el que investiga o rebusca”, por oposición al que afirma y cree haber hallado. Hay quien escudriña un problema y hay quien nos da una fórmula, acertada o no, como solución a él.¹⁷

En este sentido Unamuno parece referirse a la tradición escéptica que parte de Pirrón y su divulgador Sexto Empírico, y que llega, con gran influencia en diversas expresiones religiosas, principalmente cristiana, hasta la *devotio moderna* y Montaigne, de donde nace el cartesianismo, y por ende la filosofía moderna.¹⁸ Unamuno nos anticipa que aceptar un dogma es lo propio de la pereza espiritual y que tal es la oposición al auténtico sentimiento religioso, cuyo espíritu es la lucha, la incertidumbre. Tal espíritu de lucha, siguiendo sus posturas quijotistas en *Vida de Don Quijote y Sancho*, sería lo propio del “caballerismo de la fe”.¹⁹ Por dogma-

¹⁴ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 117.

¹⁵ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 116.

¹⁶ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 119.

¹⁷ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 116.

¹⁸ POPKIN, R., *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, México: FCE, 1983, pp. 115 y ss.

¹⁹ DE UNAMUNO, M., *VDQyS*, pp. 31-32.

tismo, siguiendo también a la tradición filosófica de Pirrón, Unamuno entiende algo cercano a lo definido por Sexto Empírico, “aquellos que han encontrado la verdad”.²⁰

Para los que investigan un asunto es natural acogerse o a una solución o al rechazo de cualquier solución y al consiguiente acuerdo sobre su inaprehensibilidad o a una continuación de la investigación. Y por eso seguramente, sobre las cosas que se investigan desde el punto de vista de Filosofía, unos dijeron haber encontrado la verdad, otros declararon que no era posible que eso se hubiera conseguido y otros aún investigan. Y creen haberla encontrado los llamados propiamente dogmáticos; como por ejemplo los seguidores de Aristóteles y Epicuro, los estoicos y otros. De la misma manera que se manifestaron por lo inaprehensible los seguidores de Clitómaco y Carneades y otros académicos. E investigan los escépticos. De donde, con mucha razón, se considera que los sistemas son –en líneas generales– tres: dogmático, académico y escéptico.²¹

En “Mi religión”, la pereza espiritual es aquello a lo que Unamuno se opone, y tal pereza espiritual, a su parecer, es también, auténticamente, lo opuesto a lo verdaderamente religioso. Para Unamuno, la pereza espiritual consistiría en considerar que se ha encontrado la verdad, lo que implica renunciar a su búsqueda, como si se poseyera para siempre, y aceptar, sin más, “verdades” que no son fruto de un camino incesante de búsqueda, sino de una suerte de conformismo dogmático, que, aunque acepta la existencia de la verdad, considera que su incesante búsqueda es absurda. Así puede afirmarse que la postura escéptica propuesta por Sexto Empírico, que también sería la propuesta por Unamuno, es un término medio entre el dogmatismo que afirma, acepta verdades y deja de investigar; y el academicismo que afirma que es absurdo buscar la verdad porque en caso de que ella sea, ésta es inaprehensible. La postura escéptica, antepuesta a la pereza espiritual, que sería tanto “dogmática” como “académica”, consistiría en investigar la verdad sin negarla, ni afirmarla. Continúa Unamuno:

En el orden de la pura especulación filosófica, es una precipitación el pedirle a uno soluciones dadas, siempre que haya hecho adelantar el planteamiento de un problema. Cuando se lleve mal un largo cálculo, el borrar lo hecho y empezar de nuevo significa un no pequeño progreso. Cuando una casa amenaza ruina o sea hace completamente inhabitable, lo que procede es derribarla, y no hay que pedir se edifique otra sobre ella. Cabe, sí, edificar la nueva con materiales de la vieja, pero es derribando antes ésta.

²⁰ SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, Madrid: Gredos, 2014, p. 31.

²¹ SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, I, I, 1-3.

Entretanto, puede la gente albergarse en una barraca, si no tiene otra casa, o dormir a campo raso.²²

En esto Unamuno presenta que la filosofía consiste en un constante volver a empezar, apenas uno “encuentre un mal cálculo”.²³ Y que tal actitud escéptica es deseable frente a continuar la edificación de un saber con pretensiones definitivas, aunque sean bien conocidas sus deficiencias. Para ello, Unamuno utiliza la analogía de la casa en ruina que precisa ser destruida para que sea funcional, que también encontramos en el *Discurso del método* de Descartes.²⁴ Sin embargo, poco tiene de cartesiana la propuesta unamuniana, pues parece importarle poco a Unamuno el hallazgo de un conocimiento “claro y distinto” si éste se presume como definitivo, y disuade a continuar con la investigación de la verdad, como si la especulación filosófica consistiera en dejar de dudar tarde que temprano ante el hallazgo indubitable de un conocimiento verdadero. Recordemos que, para Descartes, un conocimiento es verdadero, si y sólo si, cuando tal es claro y distinto, es decir, cuando es evidente de suyo.²⁵ A Unamuno la regla cartesiana de la evidencia sólo le podría parecer verdadera si sus verdades estuvieran vivas, y, en su opinión, lo propio de lo vivo, es “vivir desde hipótesis”:

Entretanto (mientras se edifica una nueva casa, mientras se concluye la empresa por la verdad), puede la gente albergarse en una barraca, si no tiene otra casa, o dormir a campo raso. Y es preciso no perder de vista que para la práctica de nuestra vida, rara vez tenemos que esperar a las soluciones científicas definitivas. Los hombres han vivido y viven sobre hipótesis y explicaciones muy deleznable, y aun sin ellas.²⁶

De acuerdo con Unamuno, “que lo vivo viva desde hipótesis”, es una especie de principio antropológico, y para sostenerlo asume cierta visión del hombre, como un ser concreto que busca la verdad, y que al ver limitada su empresa por lograr una verdad última, parece que precisa vivir sobre y desde una hipótesis al respecto del misterio de la verdad última. Bajo esta visión, los hombres no podrían renunciar a sostener una hipótesis sobre las verdades últimas, aunque tal sea afirmar que no existen, pues desde tales hipótesis se sostiene el sentido de la vida, y por ende de nuestras acciones, que parten de tales “hipótesis vivenciales”. Así, entonces, para Unamuno, el “vivir desde hipótesis” sería el estado natural humano; y comprobar, en verdad, tales hipótesis sería la máxima aspiración humana, su verdadera sabiduría.²⁷ Y

²² DE UNAMUNO, M., “MR”, pp. 117-118.

²³ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 116.

²⁴ DESCARTES, R., *Discurso del método*, Madrid: Tecnos, 2013, p. 78. AT/VI, 13-14.

²⁵ DESCARTES, R., *Meditaciones metafísicas*, Madrid: Tecnos, 2013, p. 166. AT/VII, 35.

²⁶ DE UNAMUNO, M., “MR”, pp. 117-118.

²⁷ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 118.

tal concepción del hombre también asumiría que el hombre, igualmente, podría vivir (sobreviviría) sin hipótesis sobre la verdad última, pues la vida del hombre y la búsqueda de la verdad son caminos distintos.²⁸ Para Unamuno, la vida es superior a la investigación por la verdad, y desde luego la vida no se puede reducir a la investigación por la verdad (donde incluimos a la filosofía), aunque tampoco se pueda renunciar a ella y tal actitud sería lo propio de un espíritu no perezoso, es decir, de un espíritu escéptico. De ahí que Unamuno responda a la pregunta inicial afirmando:

Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde romper el alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob. No puedo transigir aquello de lo Inconocible o Incognoscible, como escriben los pedantes ni con aquello otro de “de aquí no pasarás”. Rechazo el eterno *ignorabimus*. Y en todo caso, quiero trepar a lo inaccesible.²⁹

Al buscar “la verdad en la vida” Unamuno afirma que existe una verdad propia y asequible a lo vivo; una verdad al alcance de la razón natural que es común a todos los hombres, y que tal empresa es merecedora de una gran estima. Empero, al buscar “vida en la verdad” tales verdades asequibles a la razón natural no serían tales si se encuentran desarraigadas de lo vivo, si no interpelan al hombre concreto, ese de carne y de hueso que en la introducción de *Del sentimiento trágico de la vida*: “nace, sufre y muere –sobre todo muere”.³⁰

De acuerdo con Unamuno, la verdad sería verdad si y sólo si le dice algo a los vivos sobre el misterio de la vida misma. Resultaría paradójico aquello de “aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva”, pues tal postura podría ser dogmática o academicista (siguiendo los sentidos ya citados por Sexto Empírico),³¹ si Unamuno no continuara afirmando que tampoco puede transigir con “aquello de lo Inconocible”, y que “quiere trepar a lo inaccesible”.³² Al afirmar el “quiere trepar a lo inaccesible” Unamuno expone lo propio de su volitivismo religioso: lo misterioso vale no en tanto que se sabe, se conoce o se razona, sino en tanto que se quiere o se desea. De lo que se puede implicar que lo propio de lo religioso es “querer trepar a lo inaccesible”. Y “luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob”³³ no sería sino luchar con el misterio, que sería la “sana distancia”, para no caer en la “tentación” de creer que

²⁸ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 118.

²⁹ DE UNAMUNO, M., “MR”, pp. 118-119.

³⁰ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 127.

³¹ SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, Madrid: Gredos, 2014, p. 31.

³² DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 119.

³³ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 118.

uno ha logrado lo inaccesible, o desesperar (es decir, “ya no querer”, pues la esperanza espera porque quiere, porque añora) y afirmar que es imposible trepar lo inaccesible.

Siguiendo a Unamuno, la fe es un sentimiento necesario para no desesperar y para continuar “queriendo trepar a lo inaccesible”, aunque parezca imposible. Pues para Unamuno, sólo emprendiendo tal lucha sería posible concebir una “verdad viva en la vida”, que sería la culminación de la vida misma. Quien padezca tal hambre de misterio, a tal grado de que siempre se conserve intentando trepar lo imposible, aunque parezca imposible, y que nunca desespere, ni espere la victoria, sería el “caballero de la fe”,³⁴ que Unamuno, en este periodo de su obra, suele identificar con Don Quijote.³⁵ Para justificar religiosamente tal “hambre de misterio”, Unamuno apela al *Evangelio*.³⁶

“Sed perfecto como vuestro Padre que está en los cielos, es perfecto” nos dice el Cristo, y semejante ideal de perfección es, sin duda, inasequible como meta y término de nuestros esfuerzos. Y ello ocurrió, dicen los teólogos, con la gracia. Y yo quiero pelear mi pelea sin cuidarme de la victoria. ¿No hay ejércitos y aun pueblos que van a una derrota segura? ¿No elogiamos a los que se dejaron matar peleando antes que rendirse? Pues ésta es mi religión.³⁷

Para Unamuno, lo religioso nace del querer y del sentimiento, y aunque a la razón tales metas le parezcan inasequibles, esto no le impide a la voluntad humana desearlo. La voluntad humana, por lo tanto, no tendría freno alguno y tal sería la vía para abordar lo propio del orden religioso, y quizás de todo orden.³⁸ Esto sería lógicamente válido en el pensamiento unamuniano, a pesar de que parezca dogma, sin embargo, tal aparente principio se toma como mera hipótesis, y se asume que es construida más por el sentimiento que por la razón, aunque el mismo sentimiento impulse a hacerlo razonable. Siguiendo a Unamuno, es el corazón el que acepta y construye las explicaciones que construye la razón, y éstas siempre son hipótesis. Dice Unamuno:

En el orden religioso apenas hay cosa alguna que tenga racionalmente respuesta, y como no lo tengo, no puedo comunicarla lógicamente, porque sólo es lógico y transmisible lo racional. Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento una fuerte tendencia al cristianismo sin atenerme a dog-

³⁴ El caballero de la fe es un personaje kierkegaardiano narrado por Johannes de Silentio en *Temor y temblor*, que se identifica con Abraham. SKS 4, 132. Kierkegaard jamás suscribe a Don Quijote como “caballero de la fe”. Ver Ángeles de León, J.M., *Don Quijote de La Mancha, ¿caballero de la fe? Una lectura más allá de Temor y temblor y el quijotismo unamuniano*. Tesis de Maestría, Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México.

³⁵ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 248.

³⁶ Mt. 5,48.

³⁷ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 119.

³⁸ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 155-156.

mas especiales de esta o de aquella confesión cristiana. Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el hombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos sean católicos o protestantes [...] confieso sinceramente que las supuestas pruebas racionales la ontológica, la cosmológica, la ética, etcétera de la existencia de Dios no me demuestran nada; que cuantas razones se quieren dar de lo que existe un Dios me parecen razones basadas en paralogismos y peticiones de principio [...]. Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y sutileza mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, por lo menos creo creer en Él, es ante todo, porque quiero que Dios exista, y después porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón. Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro.³⁹

Es a partir del criterio de lo lógico y transmitible como Unamuno delimita lo racional de lo irracional, pues, a su parecer, sólo lo lógico y transmitible es racional.⁴⁰ La búsqueda de lo lógico y transmitible en la vida sería, entonces, la búsqueda de las verdades racionales, que, empero, no son todas las verdades, pero sí las accesibles a la naturaleza humana al ser comunicables.⁴¹ Por lo tanto, para Unamuno, la racionalidad humana no es el criterio para delimitar lo verdadero, pero sí es lo lógico. En este punto, Unamuno estaría de acuerdo con Kant. Según Forment, Unamuno no acepta la tradición filosófica iniciada en Platón y afirmada por la doctrina católica, de que es posible demostrar con certeza por argumentos racionales dimensiones metafísicas.⁴² Al ser imposible para la razón demostrar verdades primeras, para Unamuno, todas las posibilidades de la metafísica parten de la fe, es decir, de la voluntad. Que, en su pensamiento, en último término, se identifica con “el hambre de inmortalidad”.⁴³

Por eso mismo, Unamuno considera que las pruebas racionales de la existencia de Dios no le demuestran nada, ni lo convencen racionalmente de la existencia de Dios, y por ello, a su parecer, todo lo propio de lo religioso es más asunto de fe que de razón, de volición más que de evidencia, aunque la naturaleza humana tienda a lo contrario. Y es el corazón humano el que desea, es el corazón humano el que asiente, porque así lo quiere y lo desea. Para Unamuno, es el corazón humano, esencia humana, el que quiere, por ejemplo, que “Dios exista a través de Cristo y de la Historia”, aunque la tendencia antropo-

³⁹ DE UNAMUNO, M., “MR”, pp. 119-120.

⁴⁰ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 119.

⁴¹ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 119.

⁴² FORMENT, E., “Unamuno y el problema de Dios”, en *Espíritu*, vol. XXXVI, 1987, p. 127.

⁴³ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 163-164.

lógica sea razonar porque lo propio del corazón humano es desconfiar de sus sentires.⁴⁴ Según Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*: “La fe no se siente segura ni con el consentimiento de los demás, ni con la tradición, ni bajo la autoridad. Busca el apoyo de su enemiga la razón”.⁴⁵ Empero, de acuerdo con Unamuno, tales voliciones, principio antropológico, serían más verdaderas que cualquier verdad racional porque responderían a los sentimientos más profundos del corazón humano (la realidad humana más profunda), aunque éstos serían verdades en un orden distinto al de las verdades comunicables del mundo, que coincidirían con las de la *Crítica de la razón pura*, y que son las propias de la razón, que empero no sirven para vivir, y que incluso parecen enemigas de la vida. Así es como Unamuno, en este sentido, parece que es fideísta o por lo menos kantiano (o al menos criticista, es decir, “moderno”) porque defiende que lo fenoménico es lo propio de la razón humana; pero que lo nouménico, que sería el orden donde radicarían las máximas aspiraciones del corazón humano y donde radica el verdadero fundamento antropológico, es netamente volitivo, y por ende inaccesible para la filosofía; por lo que parece que la dicotomía entre fe y razón parece insalvable, al menos abordándolo desde la razón. Ante este problema señala Julián Marías:

El tema de Unamuno ya con alguna mayor precisión, es, pues, el hombre en su integridad, que va de su nacimiento a su muerte, con su carta, su vida, su personalidad y, sobre todo, su afán de no morir nunca eternamente. Con estos supuestos, movido por su angustia hacia una afanosa búsqueda de la verdad, creyendo que éste y no otro es el objeto de su filosofía, se podría esperar que Unamuno se lanzase al estudio metafísico del hombre viviente y mortal. Pero, en lugar de ello, dice que sus afirmaciones son “poesía o fantasmagoría” y escribe poemas, algunos dramas y, sobre todo, novelas. ¿Qué quiere decir esto? ¿Se vuelve Unamuno de espaldas a su única cuestión? ¿Renuncia a saber si ha de morir del todo? Lo que ocurre es que Unamuno cree que la razón no le sirve para su problema. “La razón es enemiga de la vida”, escribe. Piensa que el sentimiento, el afán de la vida choca irremediablemente con la razón y vienen a contradicciones con ella.⁴⁶

Por este influjo criticista (específicamente kantiano) es que el Unamuno del “quijotismo caballero de la fe”, desprecia a la filosofía escolástica y a toda teología natural como explicaciones racionales, es decir, metafísicas; y por ello las considera llenas de paralogismos y de peticiones de principio (igual que a toda la herencia aristotélica, es decir el realismo filosófico), pues a su parecer se olvidan de lo vivo y pretenden abordar temas que, de suyo, están velados a la razón. Toda la concepción filosófica de Unamuno, y su des-

⁴⁴ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 120.

⁴⁵ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 120.

⁴⁶ MARÍAS, J., *Miguel de Unamuno*, Madrid: Espasa-Calpe, 1956, p. 46.

precio por la metafísica, surge por un escepticismo antirrealista, esto también siguiendo a la tradición pirrónica que con sus *tropos* pretendía refutar a la lógica y la metafísica de Aristóteles, que a su parecer mostraban la realidad como una verdad hallada y dada, es decir, como un dogma. En el fondo, todo escepticismo es antirrealista, porque al parecer de los escépticos, como señala el tercer *tropo* de Sexto Empírico sobre la imposibilidad de demostrar la realidad sino sólo describirla fenoménicamente, “no podremos decir cómo es en realidad cada una de esas cosas; sólo es posible decir cómo aparece en cada momento”.⁴⁷ El idealismo kantiano es escéptico tanto por la metafísica de Wolff (deudora del nominalismo suareciano),⁴⁸ como por el “separatismo cartesiano” (utilizando la categoría de Blondel)⁴⁹ y por el escepticismo de David Hume, profundamente sensualista, consecuencia del nominalismo que devino en fideísmo, y después materialista en cuestiones de filosofía natural, que dieron paso a la fundación de la “física moderna”. Aunque sus principales argumentos escépticos, principalmente sobre la causalidad, se remontan a Sexto Empírico y a la tradición pirrónica.⁵⁰

En las filosofías escépticas, igual que para Unamuno, a los dogmas/principios, se llega por la voluntad, no por la razón; y, por tanto, para todas ellas, el deseo es superior y anterior a la razón; y, por ende, la ética es más un asunto de sentimiento que de razonamiento.⁵¹ Para las filosofías escépticas, las cosas verdaderamente importantes de la vida, que en el terreno de la ética son decisiones, deliberaciones, asentimientos, no se razonan, sino más bien, se concretan porque se desean. Para los filósofos escépticos, el hombre es, pues, principalmente, deseo; y pretender sacarlo de ello es transgredir su naturaleza.⁵² Pues para ellos, es la necesidad humana, sus sentimientos y sus voliciones lo que impulsa al hombre a querer justificar racionalmente todo que aquello que, *a posteriori*, desea. Sin embargo, la solución a la tendencia antropológica a justificar racionalmente sus deseos es una polémica entre escépticos, porque parece ser que, a algunos, más que interesarles una respuesta epistemológica u ontológica, desean una respuesta ética, es decir, una postura existencial ante la vida. Por ejemplo, los pirrónicos, frente al conocimiento de las últimas realidades, pugnaban por la *epojé*, pues tal indiferencia ante los problemas del conocimiento los conduciría a la imperturbabilidad, que sin duda es una opción ética.⁵³

⁴⁷ SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, Madrid: Gredos, 2014, p. 47.

⁴⁸ N. FORSTER, M., *Kant and Skepticism*, Princeton: Princeton University Press, 2008, pp. 38-39.

⁴⁹ BLONDEL, M., *L'Action*, Paris: Alcan, 1893, pp. 489-491.

⁵⁰ SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, p. 47.

⁵¹ SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, p. 47.

⁵² SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, p. 47.

⁵³ SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, p. 47.

Martín Lutero, por su parte, con la *sola fide*, afirma que la razón no tiene nada que decir en materia moral, pues su corrupción es tal que sólo la fe puede salvar al género humano, y con la *sola Scriptura* señala que sólo por Revelación el “hombre” puede reconocer qué es lo bueno y qué es lo malo. No está de más señalar que para Lutero la teología es, fundamentalmente, revelación sobre la fe que salva.⁵⁴ Descartes, ante el mismo problema, propondría que lo más sensato, mientras se logra una certeza moral, es vivir conforme a las costumbres sociales, es decir vivir bajo una “moral por provisión”.⁵⁵ Hume consideraría que se debe renunciar a la distinción racional entre lo bueno y lo malo, y que más bien se debe escuchar al sentimiento, al verdadero deseo. Kant, fundamentando *a priori* la ética, en la *Fundamentación metafísica de las costumbres*, sostendría que es preciso desde la voluntad humana, y no desde su “formalización racional”, lograr imperativos categóricos, traducidos en leyes universales, que nos conduzcan a “ser buenos”, es decir, a su visión de la “santidad”.⁵⁶ Al final, en todas estas filosofías escépticas y criticistas, desde el sentimiento y la voluntad se pretende adecuar el dogma (volitivo, verdad viva) con las necesidades de la vida, y, para ellos, lograr tal adecuación, que pretende satisfacer al sentimiento y saciar la voluntad, sería el lugar secundario de la razón. Tal adecuación sería un signo presente en casi todas las filosofías modernas, que ante todo son escépticas. Continúa Unamuno:

No sé (Si Dios existe o no), cierto es; tal vez no pueda saber nunca, pero “quiero saber”. Lo quiero y basta. Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten ¡Paradoja! los mentecatos y los superficiales.⁵⁷

En este sentido Unamuno, aunque en “Mi religión” se autodenomine “cristiano”, o al menos con “una fuerte tendencia al cristianismo” y desprecie toda ortodoxia, hace una escisión sobre la posible relación entre la razón y la fe, decantándose por la *sola fide*;⁵⁸ en apariencia, podría decir que esta postura unamuniana es cercana al protestantismo luterano. Empero, Unamuno “sería cristiano”, simplemente, por los deseos de su corazón, en *Del sentimiento trágico de la vida*, sabremos que, a su parecer, se tiene fe por “hambre de inmortalidad”.⁵⁹ La anti-ortodoxia unamuniana inevitablemente deviene en una suerte de “anarquismo místico” (siguiendo la religión de don Fermín,

⁵⁴ LUTERO, M., “The Smalcald Articles”, en *Concordia: The Lutheran Confessions*, St. Louis: Concordia Publishing House, p. 289.

⁵⁵ DESCARTES, R., *Discurso del método*, Madrid: Tecnos, 2013, pp. 86-87 / AT/VI, 22.

⁵⁶ KANT, I., *Crítica de la razón práctica*, Ciudad de México: FCE, 2011, p. 97. KpV, Ak V, 122.

⁵⁷ DE UNAMUNO, M., “MR”, p. 120.

⁵⁸ DE UNAMUNO, M., “MR”, pp. 119-120.

⁵⁹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 185-187.

“Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad”: la religión de Miguel de Unamuno

el tío de Eugenia Domingo en *Niebla*),⁶⁰ que es la consecuencia de aceptar que todo dogma, es decir, toda ortodoxia, surge de la razón, y que por lo tanto es enemiga de la vida. Pareciera entonces que para “buscar verdad en la vida y vida en la verdad” es preciso renunciar a la razón como método; y, simplemente, atender las exigencias del corazón humano; que, en su visión, está hambriento de eternidad y de bondad, es decir, de Dios.

Así, la religión de Unamuno sería eso: “la religión de Unamuno”, es decir, una religión que sólo él profesaría, una profesión alejada de todo credo que no fueran las exigencias de su propio corazón. Y, por ello, según Unamuno, cada ser humano, al tener exigencias y hambres personales, tendría su propia religión, aunque acepte dogmas; pues, lo religioso (que sería el deseo propio de cada persona) respondería al deseo de corazones individuales, no al de cultos colectivos, que se establecen cuando la razón los conforma (ortodoxia). Sin embargo, toda ortodoxia es dogmática en tanto que afirma o niega algo, por lo tanto, es también dogmático afirmar que algo no puede conocerse. Luego, para Unamuno, siguiendo la clasificación de Sexto Empírico, los académicos también serían dogmáticos, y lo propio de los dogmáticos, así afirmen o nieguen, es la pereza espiritual. Por lo tanto, según Unamuno, lo propio de la razón, cuya función primordial es negar o afirmar, es la pereza espiritual; y es el afán del sentimiento, entonces, lo que verdaderamente busca y lucha, pues no se conforma con una respuesta que no satisfice su inquietud. Y por esto mismo, para Unamuno, el hombre verdaderamente religioso, que identificamos con su “caballero de la fe” de *Vida de Don Quijote y Sancho*,⁶¹ es aquel que supera la pereza espiritual; es decir, aquel que no se resigna ni al dogma, ni a la imposibilidad del conocimiento, sino el que se mantiene en pie de lucha y pone su vida más en ella que en la victoria.

Unamuno no aspiraría, como el pirrónico, a la ataraxia, por medio de la *epojé*; ni como el aristotélico a la *eudaimonia*, por medio de la contemplación racional (*theoria*). Unamuno, por medio de la lucha contra la razón definidora, aspiraría al consuelo del alma, a la satisfacción del propio anhelo. Sin embargo, estos posicionamientos, escépticamente, siempre deberían tomarse como hipótesis y jamás como dogmas. Esto implica, pues, que se acepte que las hipótesis y los dogmas responden más las exigencias volitivas humanas que a racionalizaciones filosóficas.

Los posicionamientos unamunianos en torno a la verdad en “Mi religión”, que básicamente son ideas sueltas sobre su búsqueda y anhelos personales, quedan inconexas con el resto de su pensamiento si es que no se rastrea un

⁶⁰ DE UNAMUNO, M., *Niebla*, p. 21.

⁶¹ DE UNAMUNO, M., *VDQyS*, p. 31.

punto de partida más completo, que es lo que encontramos en *Del sentimiento trágico de la vida*, que Unamuno escribió 6 años después de “Mi religión”.

Resulta inevitable concluir, racionalmente, que la actitud volitiva, escéptica y antidogmática que se encuentra en Unamuno, implica un caos filosófico, o por lo menos una imposibilidad argumentativa. Por ello podría considerarse inútil hacer una relación intelectual entre “Mi religión” y *Del sentimiento trágico de la vida*, empero, consideramos que hay en el pensamiento de Unamuno, al menos en este periodo, ciertas ideas filosóficas que se conservan y presentan un hilo argumentativo; por ejemplo, la idea de abandonar la razón como método para encontrar “La verdad en la vida y la vida en la verdad”. Esto, sin embargo, sólo se puede admitir sabiéndose hipótesis, e intentando comprender al pensamiento unamuniano como una propuesta vivencial, de difícil clasificación literaria y disciplinaria, móvil y mutable, que no teme caer en contradicciones y en paradojas. La difícil clasificación unamuniana también abre un camino para aproximarnos a aquello que, para Unamuno, es la filosofía. Unamuno entiende “filosofía” en su sentido etimológico: “amor a la sabiduría”.⁶² Por ello, a su parecer, la filosofía precisa poseer un espíritu afanoso o diligente que jamás abandone la investigación por la verdad y que se atreva a dudar de todo, porque ante todo ama, y es tal amor lo que impulsa su curiosidad, aunque tal constante interrogación lo encamine a la desesperación, desde la que tendrá que sacar esperanza para continuar con su empresa. Esto a sabiendas de que, para Unamuno, la verdadera sabiduría (“La verdad en la vida y la vida en la verdad”) es más cercana al sentimiento y al querer (a la *philia*) que a la razón (el *logos*). Según Eudaldo Forment:

Se ha puesto de relieve que en sus obras, que, tanto en su vivo y personal estilo como en su temática, son independientes de la tradición anterior, le sirvieron de medio para expresar su pensamiento y emociones filosóficas. Porque en Unamuno el pensamiento y la emoción están íntimamente unidos. No quiso exponer sus ideas filosóficas y religiosas en tratados sistemáticos, para que no se perdiese el sentimiento y la pasión que les acompañaba; y porque, consecuentemente, no concebía la filosofía como un conjunto ordenado de verdades racionales, fruto de una actividad puramente intelectual, sino como el vivir intensamente los problemas fundamentales del hombre.⁶³

Al final, pareciera, que, en la obra de Unamuno, poesía, religión y filosofía se confunden y se dan la mano o son la misma cosa, aunque haya sutiles diferencias estilísticas entre ellas; pero tienen en común que todas son expresiones literarias de las pasiones y voliciones humanas, que jamás se pueden separar del pensamiento humano, y, por ende, de la filosofía.

⁶² DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 128-129.

⁶³ FORMENT, E., “Unamuno y el problema de Dios”, p. 125.

“Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad”: la religión de Miguel de Unamuno

Veamos qué es, pues, para Unamuno aquello que desea el corazón humano en lo más profundo de sus entrañas y que es la causa tanto de la poesía como de la filosofía y la religión.

2. El hambre de inmortalidad y el quijotismo unamuniano

Por “Mi religión” ya nos es bien sabido que lo propio de la religión, según Unamuno, surge del querer, y que el querer es superior a la razón, y que lo mismo sucede con la filosofía. Ya lo dice en *Del sentimiento trágico de la vida*: “*Nihil cognitum quin praevolitum*”.⁶⁴ Sin embargo, ¿cómo es que Unamuno llega a tal conclusión? Para ello es preciso explorar su antropología filosófica, especialmente su teoría en torno a la voluntad.

La antropología unamuniana expuesta en *Del sentimiento trágico de la vida*, parte del hombre concreto, el de “carne y hueso, el que nace, sufre y muere –sobre todo muere–, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano”,⁶⁵ que para Unamuno “es el sujeto y supremo objeto a la vez de toda filosofía, quíéranlo o no sedicentes filósofos”⁶⁶ y la filosofía, a su parecer responde a:

la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma [...].⁶⁷

Entonces, tal como sucede con la religión, de acuerdo con Unamuno, la filosofía tiene que ver más con un sentir respecto a la vida, con un sentimiento desde el que se juzga toda la realidad, que con una sistematización racional de la misma. Y tal sentimiento, considera, es el “posicionamiento existencial” de un hombre concreto, de un hombre de carne y hueso, y es el punto de partida de su voluntad y deseo que preceden a su racionalidad. Y por ello, para Unamuno, la filosofía es ante todo un posicionamiento encarnado ante el mundo y la vida, y al estar encarnado, está vivo y se posiciona desde la conciencia humana, que para Unamuno es una enfermedad.⁶⁸ ¿Y de qué

⁶⁴ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 128-129.

⁶⁵ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 127.

⁶⁶ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 128.

⁶⁷ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 128.

⁶⁸ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 168-169.

está enfermo el hombre de carne y hueso según Unamuno? Está enfermo de muerte y de una curiosidad que le hace querer conocer su origen y su destino. Y tal enfermedad lleva a algunos a filosofar, porque sentir tal enfermedad posiciona a los hombres de carne y hueso ante la incertidumbre que surge con ser conscientes de su propia existencia.

Al ser los filósofos hombres de carne y hueso, es decir, hombres enfermos de consciencia y de muerte, la filosofía es también hija de tal condición, por lo que el filósofo, al parecer de Unamuno, haga lo que quiera, no puede filosofar sólo con la razón, sino que lo hace “con la voluntad, con el sentimiento, con la carne y con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo. Filósofa el hombre”⁶⁹ y, por lo tanto, el hombre de carne y hueso no filosofa por “la verdad por la verdad” ni por “el saber por el saber” sino para y por un para qué.⁷⁰ Según Unamuno, el hombre de carne y hueso “filosofa para algo más que para filosofar” y tal “para qué que es algo más que filosofar” es en pos de la inmortalidad. El hombre de carne y hueso, enfermo de muerte, filosofa porque tiene hambre de inmortalidad, porque ansía no morir. Dice Unamuno:

El hambre de inmortalidad personal, el conato con que tendemos a persistir indefinidamente en nuestro ser propio y que es, según el trágico judío (Spinoza), nuestra misma esencia, eso es la base afectiva de todo conocer y el íntimo punto de partida personal de toda filosofía humana, fraguada por un hombre y para hombres. Y veremos cómo la solución a ese íntimo problema afectivo, solución que puede ser la renuncia desesperada de solucionarlo, es la que tiñe toda la filosofía.⁷¹

De esta manera es que, para Unamuno, la filosofía (o el ansia de filosofar), de fondo, surge de un problema afectivo que tiene que ver con consciencia humana que descubre la muerte y se niega a aceptarla. Y tal es para Unamuno “el punto de partida personal y afectivo de toda filosofía y de toda religión es el sentimiento trágico de la vida”.⁷²

Ligándolo con “Mi religión”, podemos decir que, al parecer de Unamuno, la filosofía nace de un sentimiento ante la vida, y no es por lo tanto una reflexión para interpretar la vida o lo vivo. Al ser la filosofía producto de lo vivo, y al estar lo vivo más cerca de lo sentimental y de la voluntad de la razón, la filosofía es producto de la voluntad y del sentimiento, más que de la razón, igual que todo lo humano. Por ello, la filosofía es más cercana a la poesía que a la ciencia.⁷³ Por todo esto es que, si la religión de Unamuno

⁶⁹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 128.

⁷⁰ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 150.

⁷¹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 163.

⁷² DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 164.

⁷³ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 272-273.

es “buscar verdad en la vida y vida en la verdad”, tal búsqueda es una empresa que se construye desde la voluntad y el sentimiento, más que desde la razón. Ya hemos dicho que para Unamuno “el punto de partida personal y afectivo de toda filosofía y de toda religión es el sentimiento trágico de la vida”,⁷⁴ que es el descubrimiento de la muerte y la negación a aceptarla es el hambre de inmortalidad, y por ello, a su parecer, el único problema filosófico y religioso serio que existe es el de la inmortalidad del alma. Inclusive afirma Unamuno que las religiones no le rinden culto a la muerte, sino a la inmortalidad, y tal idea es lo que las inicia y lo que las conserva.⁷⁵ Y por ello afirma que la muerte, si bien es la enfermedad, también “es el manantial de toda salud poderosa”.⁷⁶

Según Unamuno, el hambre de inmortalidad es “la solución cristiana católica, pauliniana o atanasiana” para “nuestro íntimo problema vital”: el sentimiento trágico de la vida.⁷⁷ Y tal hambre de inmortalidad es lo que, considera, se retrata en el dogma de la Resurrección, que inmortaliza al hombre de carne y hueso. Y por ello afirma que “lo específico religioso católico es la inmortalización y no la justificación al modo protestante”, por lo que para los católicos la moral depende de la religión y para los protestantes la religión depende de la moral.⁷⁸ Al parecer de Unamuno, el dogma de la Resurrección de Cristo corresponde con el sacramento de la Eucaristía, en el que se administra el cuerpo de Cristo, que es pan de inmortalidad. Y el modernismo católico, cree Unamuno, surge por el olvido del hambre de inmortalidad, lo que implica relativizar, desde una actitud racionalista, la Resurrección de Cristo, que es el dogma fundacional del cristianismo, que es el producto perfecto de la añoranza humana por la inmortalidad, y tal relativización del hambre de inmortalidad, que los católicos sacian con el sacramento de la Eucaristía, que es lo que se tiene en común y es lo que los hace ser comunidad (por ello el sacramento de la Eucaristía es la “comunión”), en el protestantismo es sustituida por una moral justificadora, que enfatiza en el pecado y se olvida de lo escatológico y por ello deviene en “anarquía confesional, en puro individualismo religioso y en vaga religiosidad estética”.⁷⁹ Unamuno cita a Oliveira Martins:

el catolicismo dio héroes, y el protestantismo sociedades sensatas, felices, ricas, libres, en lo que respecta a instituciones y a la economía externa, pero incapaces de ninguna acción grandiosa, porque la religión comenzaba por

⁷⁴ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 164.

⁷⁵ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 168.

⁷⁶ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 169.

⁷⁷ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 192.

⁷⁸ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 194.

⁷⁹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 195.

despedazar en el corazón del hombre aquello que le hace susceptible de las audacias y de los nombres sacrificios.⁸⁰

Sin embargo, opina Unamuno, al catolicismo nunca le ha bastado, simplemente, el sentimiento humano que añora la inmortalidad, y mediante la razón ha pretendido volver humanamente inteligible el misterio, aunque tal razón surja de un sentimiento. Para Unamuno la teología católica, mas no el catolicismo, es una suerte de racionalismo de la fe, que no es sino “cristianismo despotencializado”. Dice:

la fe no se siente segura ni con el consentimiento de los demás, ni con el apoyo de la tradición, ni bajo la autoridad. Busca apoyo de su enemiga la razón. Y así se fraguó la teología escolástica, y saliendo de ella su criada, la *ancilla theologiae*, la filosofía escolástica también, y esta criada salió respondona. La escolástica, magnífica catedral con todos los problemas de mecánica arquitectónica resueltos por los siglos, pero catedral de adobe, llevó poco a poco a eso que llaman teología natural, y no es sino cristianismo despotencializado. Buscóse apoyar hasta donde fuese posible racionalmente los dogmas; mostrar por lo menos que si bien soberracionales no eran contrarracionales, y se les ha puesto un basamento filosófico de filosofía arisotélico-neo-platónica-estoica del siglo XIII; que tal es el tomismo recomendado por León XIII. Y ya no se trata de hacer aceptar el dogma, sino su interpretación filosófica medieval y tomista. No basta creer que al tomar la hostia consagrada se toma el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo; hay que pasar por todo eso de la transustanciación, y la sustancia separada de los accidentes, rompiendo con toda la concepción racional moderna de la sustancialidad.⁸¹

Contra tal racionalismo que se avergüenza del hambre de inmortalidad, Unamuno opone la “fe implícita”, que, a su parecer, es la fe del carbonero, y cita a Santa Teresa de Jesús: “Eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que sabrán responder”.⁸² ¿Y por qué Unamuno considera que la fe del carbonero es el cristianismo potencializado? Porque la fe, a su parecer, es la vida, y el catolicismo “oscila entre la mística, que es experiencia íntima del Dios vivo en Cristo [...] oscila entre ciencia religiosa y religión científicada. El entusiasmo apocalíptico fue cambiado poco a poco por el misticismo neoplatónico, que a la teología hizo arredar”.⁸³

Recuperando al Unamuno de “Mi religión”, en este punto podría afirmarse que “Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad” se puede traducir como “Buscar la verdad en la fe y la fe en la verdad”, siendo tal búsqueda un

⁸⁰ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 195.

⁸¹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 202.

⁸² DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 202.

⁸³ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 202.

acto de fe, consecuencia de un sentir humano: el hambre de inmortalidad. Sin embargo, también opina Unamuno, frente al “todo lo real es racional y todo lo racional es real” hegeliano, que “todo lo vital es irracional, y todo lo racional es antivital porque la razón es esencialmente escéptica”;⁸⁴ así parece que contradice lo que expresó en “Mi religión” sobre el escepticismo, donde se exhorta a una actitud escéptica frente al dogma, desde una perspectiva no irracionalista, sino antirracionalista. Lo que sin duda es contradictorio, salvo que se asuma a Unamuno dentro de su propia significación de la filosofía y comprensión del catolicismo, es decir, que es naturalmente humano, propio de los hombres de carne y hueso, ser escépticos ante sus propias añoranzas y sentimientos. Del mero sentimiento que busca lo eterno (la fe) nacería la religión; de la duda (la razón) ante tal sentimiento que busca lo eterno (la fe), nacería la filosofía; sin embargo, para que la fe sea transmitible, debe tener un medio que sea razonable, de ahí que, según Unamuno, la fe puede necesitar de la razón.⁸⁵

Por lo tanto, según Unamuno, la religión y la filosofía comparten dialécticamente el mismo origen: la fe, que, a su parecer es, fundamentalmente, un deseo.⁸⁶ Y como ya hemos dicho, para Unamuno el deseo es lo propio de todo lo vivo, y, por ende, lo propio de los vivos de carne y hueso, que naturalmente también están dotados de razón y de conciencia, es buscar un origen, un sentido de la existencia determinado por un sentir del corazón humano que añora lo absoluto, lo eterno, la inmortalidad, etc. Al hombre de fe (el religioso) le bastaría el sentimiento que lo encamina a la esperanza y no duda, aunque su naturaleza humana también sea dudosa. El hombre de carne y hueso unamuniano es entonces una paradoja dicotómica, pues se encuentran vivo. En la conciencia del hombre de carne y hueso, la fe y la razón se encuentran juntas, si bien son el sentimiento y la voluntad lo que las hace actuar, y sobre todo esperar. Y es, considera Unamuno, por el deseo mismo de lo eterno y de lo perfecto, que es consolado desde el deseo de lo eterno y lo perfecto.⁸⁷ Por ende, para Unamuno, la fe es el deseo de consuelo de antonomasia. Unamuno concluye que “ni la fe es transmitible o racional, ni la razón es vital”. Lo único vital y transmitible es el hambre de inmortalidad, es decir, el deseo, ¿deseo de qué? De consuelo, que es fundamentalmente, “hambre de divinidad”,⁸⁸ y que es el origen de la fe y del sentimiento religioso.⁸⁹

El consuelo propio de la fe surge frente a la razón racionalista, que intenta comprender los deseos y las hambres propias de lo vivo. El hombre de carne

⁸⁴ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 218.

⁸⁵ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 220-221.

⁸⁶ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 221.

⁸⁷ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 221.

⁸⁸ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 284.

⁸⁹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 313 y ss.

y hueso unamuniano filosofa para consolarse con sus propias dudas, encuentre o no un sentido o una respuesta. La filosofía para Unamuno pareciera entonces que consuela a aquellos a quienes no les basta desear lo eterno y lo perfecto, y su sentir los impulsa a querer investigar (lo propio del escéptico) el sentido y la razón de tales voliciones, aunque no se logre y genere más desesperación, lo que no saciará hasta que se satisfaga el hambre de inmortalidad, es decir, el deseo de lo eterno. Y tal sería el ideal unamuniano de “Mi religión”, pues tal lucha que deviene en una eterna incertidumbre, que surge de la duda ante la fe, pero que también desconfía de la razón, al final sería el sentido de la vida, y tal sería la causa de su sentimiento trágico. El escéptico unamuniano, en guerra permanente con Dios (lo que vitalmente más se anhela y se desea) como Jacob,⁹⁰ duda tanto del dogma como de sí mismo, y entonces tanto desconfía de la fe como desconfía de la razón, y por ello desespera porque parece que todo es incertidumbre. Y, sin embargo, en tal incertidumbre, espera, y espera tanto de la fe como de la razón, porque tal es la condición humana, que, en la incertidumbre, anhela conocer y desea que algo pueda llegarse a conocer tanto por la fe como por la razón. En conclusión, el hombre de carne y hueso, que sobrevive en la total incertidumbre, desconfía y desea confiar y desconfiar al mismo tiempo, porque sobre todo desconfía de sí mismo, pero se no se atreve a confiar en algo que no sea en sí mismo. Sólo un Dios consolador, que lo hiciera confiar y lo sacara de toda duda, que es su máximo deseo, podría salvarlo de sí mismo. Tal es la “disolución racional”. Esta visión agónica del “sentimiento trágico de la vida”, Unamuno la volverá a apuntar en su *Agonía del cristianismo*. Dice Unamuno:

Ni, pues, el anhelo vital de la inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad a ésta. Mas he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. Y va a ser de este abrazo, un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de vida, de una vida seria y terrible. El escepticismo, la incertidumbre, última posición a la que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre el que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza.⁹¹

Entonces, pues, siguiendo lo ya dicho en “Mi religión”, en Unamuno hay cierto escepticismo salvador, que a su parecer es mucho más que la duda porque “el conflicto entre la razón y la vida es algo más que una du-

⁹⁰ Génesis 32, 28.

⁹¹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 234.

da”⁹² y tal escepticismo surge de que la voluntad y la inteligencia se necesitan mutuamente, pero buscan cosas opuestas. Y por ello, dice Unamuno, la filosofía y la religión son enemigas, aunque se necesiten mutuamente. Toda religión tiene alguna base filosófica y toda filosofía tiene raíces religiosas, y sentencia que “La historia de la filosofía es, en rigor, una historia de la religión. Y los ataques que a la religión se dirigen desde un punto de vista presunto científico o filosófico, no son sino ataques desde otro adverso de punto de vista religioso”.⁹³ Aunque también reconoce que siempre habrá una metafísica racional (lo propio de la filosofía) y una metafísica vital (lo propio del deseo y de la fe), en conflicto perenne una con otra.⁹⁴ Empero, la primera siempre es una racionalización de la segunda.

Como ya hemos dicho, para Unamuno, en conclusión, la filosofía y la religión son consecuencia del sentimiento trágico de la vida, y tal sentimiento, como ya hemos reiterado, surge de la voluntad. Según Unamuno, siempre se cree porque se quiere creer. Y tal “querer creer”, al ser cuestión de sentimiento, es algo instintivo: “el instinto de conocer y el de vivir, o más bien de sobrevivir, entran en lucha”;⁹⁵ la religión está más cerca de la supervivencia y la filosofía del instinto de conocer, pero ambas surgen de la misma raíz: el sentir del hombre de carne y hueso que no puede encontrar armonía entre su razón y su voluntad, que están supeditadas a la supervivencia, es decir, a las exigencias de la vida; aunque sabe que morirá, a pesar de que no lo desee:

Toda posición de acuerdo y armonía persistente entre la razón y la vida, entre la filosofía y la religión, se hace imposible. Y la trágica historia del pensamiento humano no es sino una lucha entre la razón y la vida, aquella empeñada en racionalizar a ésta haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la mortalidad; y ésta, la vida, empeñada en vitalizar a la razón obligándola a que sirva de apoyo a sus anhelos vitales. Y ésta es la historia de la filosofía, inseparable de la historia de la religión.⁹⁶

Al afirmar Unamuno que es imposible la armonía entre la razón y la vida, parece entonces que la afirmación de “Mi religión” (“Buscar la verdad y la verdad en la vida”) es imposible también, y que Unamuno estaría proponiendo, más bien, una paradoja. Sin embargo, a la manera kierkegaardiana o socrática, es en tal paradoja donde Unamuno hallaría cierta esperanza o la posibilidad de una respuesta o, por lo menos, una postura ante el sentimiento trágico de la vida; y desde tal postura podría inferirse “su religión”, que esta-

⁹² DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 234.

⁹³ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 242.

⁹⁴ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 350.

⁹⁵ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 242.

⁹⁶ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 243.

ría determinada a sí misma por la condición paradójica de la relación entre la razón y la vida (la filosofía y la religión). Y es que, para Unamuno, parece ser que la postura más sensata frente a la condición humana, contradictoria por naturaleza, no es sólo aceptar la condición paradójica y trágica del hombre de carne y hueso, sino intentar vivir a partir de ella. A tal condición paradójica del hombre de carne y hueso, Unamuno la llama “quijotismo”, que es su solución al “problema práctico” de la vida.⁹⁷ El “problema práctico”, dice Unamuno, es que peleamos contra el Destino, y aun sin esperanza de victoria, peleamos contra él quijotesicamente.⁹⁸

3. El quijotismo unamuniano, ¿la religión de Unamuno?

Unamuno nos dice al concluir *Del sentimiento trágico de la vida*, que la solución al “problema práctico” de la vida es que cada hombre de carne y hueso logre ejercer su vocación personal:

Pensamos para vivir, he dicho; pero acaso fuera más acertado decir que pensamos porque vivimos, y que la forma de nuestro pensamiento responde a la de nuestra vida. Una vez más tengo que repetir que nuestras doctrinas éticas y filosóficas, en general, no suelen ser sino la justificación a posteriori de nuestra conducta, de nuestros actos. Nuestras doctrinas suelen ser el medio que buscamos para explicar y justificar a los demás y nosotros mismos nuestro propio modo de obrar.⁹⁹

Y por ello, según Unamuno, es “la conducta, la práctica, la que sirve de prueba a la doctrina, a la teoría”,¹⁰⁰ y por ello considera que el fin de la vida es “el hacer de la verdadera práctica un hecho teórico [...] de que es cada uno de nosotros único e irremplazable, del que no pueda llenar otro el hueco que dejamos al morir”;¹⁰¹ y tal ansia de trascendencia, tal posibilidad de materializar el hambre de inmortalidad que logre saciar tanto a la razón como al ansia vital de la voluntad sólo se puede lograr, según Unamuno, si el hombre de carne y hueso da de sí mismo todo cuanto puede dar, superándose a sí mismo para hacerse insustituible.¹⁰² Y tal posibilidad sólo puede lograrse ejercitando el oficio de cada cual, y el oficio va ligado a la vocación, que no es hacer lo que uno considere que le cuadra o no, sino “de hacer vocación

⁹⁷ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 384-419.

⁹⁸ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 393.

⁹⁹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 393.

¹⁰⁰ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 393.

¹⁰¹ DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 393.

¹⁰² DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 393-394.

del menester en que la suerte o la Providencia, no nuestra voluntad nos ha puesto”.¹⁰³ Y tal es lo propio de lo auténticamente religioso según Unamuno, porque es en el oficio cotidiano donde uno encuentra problemas prácticos y vivencias que debe solucionar, más allá de las especulaciones filosóficas o las ambiciones de la razón. Es en el oficio cotidiano donde uno encuentra “verdad en la vida y vida en la verdad”. Sentencia Unamuno: “Lo religioso es, sin duda, tratar de hacer que sea nuestra vocación el puesto en que nos encontramos, y en último caso, cambiarlo por otro”.¹⁰⁴ Según Julián Marías, Unamuno encontró su vocación en su faceta creativa, como escritor, principalmente de ficción.¹⁰⁵

Lo religioso de la cotidianidad implica que el hombre de carne y hueso debe salvar su día a día y sus propias circunstancias, haciendo de lo vivo, de lo íntimo de cada cual, el sentido de su propia existencia, estando abierto siempre a la posibilidad de cambiar el lugar en el que uno se encuentra, y haciendo del cambio, de lo nuevo, también una vocación personal en donde se halla el sentido de la verdad y de la vida. Y tal rescate, con rigor y pasión, del día a día, según Unamuno, es donde el hombre de carne y hueso se inmortaliza y donde encuentra su gloria religiosa, pues salva sus circunstancias y su ser, y por ende su propia vida, sin importar todo lo demás. Al cumplir su vocación cotidiana, el hombre de carne y hueso unamuniano calma la desesperación de la razón, porque ella encuentra razones suficientes para vivir en el día a día; y salva la verdad de la vida mostrándole a la razón que vale la pena vivir, y que todo dolor y sacrificio tiene un sentido. El rescate con miras a lo eterno del día a día, del oficio (es decir, de las circunstancias personales de cada uno) es lo que salva del absurdo. Ejemplifica Unamuno:

Aquí tenéis un zapatero que vive de hacer zapatos, y que los hace con el esmero preciso para conservar su clientela y no perderla. Ese otro zapatero vive en un plano espiritual algo más elevado, pues tiene el amor propio del oficio, y por pique o pundonor se esfuerza en pasar por el mejor zapatero de la ciudad o del reino, aunque esto no le dé ni más clientela ni más ganancia, y sí sólo más renombre y prestigio. Pero hay otro grado aún mayor, y es tender hacerse para con sus parroquianos el zapatero único e insustituible, el que de tal modo les haga el calzado, que tengan que echarle de menos cuando se les muera –“se les muera”, y no sólo “se muera”–, y piensen ellos, sus parroquianos, que no debía haberse muerto, y esto así porque les hizo calzado pensando en ahorrarles toda molestia y que no fuese el cuidado de los pies lo que les impidiera vagar a la contemplación de las más altas verdades; les

¹⁰³De Unamuno, M.: *DSTV*, p. 394.

¹⁰⁴DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 395.

¹⁰⁵MARÍAS, J., *Miguel de Unamuno*, p. 53.

hizo el calzado por amor a ellos y por amor a Dios en ellos: se los hizo por religiosidad.¹⁰⁶

Y así, para Unamuno, será el amor que cada uno ponga en sus oficios cotidianos con miras a lo eterno, en búsqueda del bien personal y del bien del otro, lo que conciliará a la verdad y la vida, a la razón y la voluntad, y saciará los anhelos propios del sentimiento trágico de la vida. Uno encontraría “verdad en la vida y vida en la verdad” en tanto que uno ame y se apasione por su vida, es decir, por su propia condición de vivo.

Sin embargo, de acuerdo con Unamuno, ante la razón, todas estas tesis, por el arraigado racionalismo cultural, siempre parecerán ridículas, conformistas, y sin más: locas. Y es que, a su parecer, para el racionalismo, todo lo que sea contrario a su razón es locura; por lo tanto, para los racionalistas la vida es una locura. Y para esta razón, todo lo propio de la locura, es ridículo.¹⁰⁷ Y por ello Unamuno propone que, para vivir, para encontrar verdad en la vida y vida en la razón, uno debe aprender a ponerse en ridículo no sólo ante los demás, sino ante uno mismo; y tal, dice, es el ejemplo de Don Quijote; tal es locura, pero no cualquier locura: es locura nacida de la locura de la Cruz. Dice Unamuno:

Y el quijotismo especulativo o meditativo es, como el práctico, locura; locura hija de la locura de la cruz. Y por eso es despreciado por la razón. La filosofía, en el fondo, aborrece al cristianismo y bien que lo probó el manso Marco Aurelio. La tragedia de Cristo, la tragedia divina, es la de la cruz. Pilato, el escéptico, el cultural quiso convertirla por burla en sainete, e ideó aquella frase del rey de centro de caña y corona de espinas, diciendo: “¡He aquí el hombre!”, pero el pueblo más humano que él, el pueblo que busca la tragedia grita: “¡Crucifícale, crucifícale!” Y la otra tragedia, la tragedia humana, intrahumana, es la de Don Quijote con la cara enjabonada para que se riera de él la servidumbre de los duques, y los duques mismos, tan siervos como ellos. ¡He aquí el loco! –se dirían–. Y la tragedia cómica, es la pasión por la burla y el desprecio. El más alto heroísmo para un individuo, como para un pueblo, es saber afrontar el ridículo; es, mejor aún, saber ponerse en ridículo y no acobardarse ante él.¹⁰⁸

Y así, concluye Unamuno, que el sentido de lo religioso, contra la razón, es “hedonística trascendental sustentada en un Dios”, producto del deseo humano, que nos salva de la muerte. Y que nos cura de nuestra suprema necesidad humana: no morir. Y tal Dios que salva de la muerte también nos muestra el camino de la santidad (que es el camino a la inmortalidad del

¹⁰⁶DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 397.

¹⁰⁷DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 425.

¹⁰⁸DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 437.

“Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad”: la religión de Miguel de Unamuno

alma), que no está en las grandes hazañas, sino en lo intrahistórico, en el oficio cotidiano, en el ridículo diario, en el saber llevar la tragedia cotidiana con pasión y amor: y tal es el ejemplo de Don Quijote. Dice Unamuno:

Aparéceseme la filosofía en el alma de mi pueblo como la expresión de una tragedia íntima análoga a la tragedia del alma de Don Quijote, como la expresión de una lucha entre lo que el mundo es, según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo dice [...]. No, Don Quijote no se resigna ni al mundo ni a su verdad, ni a la ciencia o lógica, ni al arte o a la estética, ni a la moral o a la ética.¹⁰⁹

Y tal es, pues, la religión de Unamuno, que, como Don Quijote, no pretende resignarse al mundo, ni a su verdad, ni a la ciencia o lógica, ni al arte o a la estética, ni a la moral o a la ética, sino que pretender atreverse a vivir para la gloria, a perpetuarse en la eternidad, sin temor al ridículo. Y tal es la mayor gloria de Don Quijote, al parecer de Unamuno, porque al haber sido “burlado y vencido”, él vencía y dominaba al mundo dando qué reír de él. Y cierra Unamuno:

Y Don Quijote no se rinde, porque no es pesimista y pelea. No es pesimista porque el pesimismo es hijo de la vanidad, es cosa de moda, puro snobismo, y Don Quijote ni es vano ni vanidoso, ni moderno de ninguna modernidad –menos modernista– y no entiende qué es eso de snob mientras no se lo digan en cristiano viejo español. No es pesimista Don Quijote, porque como no entiende qué sea eso de la *joie de vivre*, no entiende de su contrario. Ni entiende de tonterías futuristas tampoco. A pesar de Clavileño, no ha llegado al aeroplano, que parece querer alejar del cielo a pocos atolondrados. Don Quijote no ha llegado a la edad del tedio de la vida, que suele traducirse en esa tan característica topofobia de no pocos espíritus modernos, que se pasan la vida corriendo a todo correr de un lado para otro, y no por amor a aquel adonde van, sino por odio a aquel otro de donde vienen, huyendo de todos. Lo que es una de las formas de desesperación.¹¹⁰

Del sentimiento trágico de la vida concluye afirmando que más que la paz es deseable la gloria.¹¹¹ La misma gloria que, según el Unamuno de “Mi religión” fue la gloria de Jacob.¹¹² Quien luchó con Dios desde el alba hasta al anochecer, y es desde tal combate desde donde se edifica el hombre de carne y hueso. Y es en tal combate cotidiano, en el día a día, donde “se busca verdad en la vida y vida en la verdad”, y según Unamuno, Don Quijote es un maestro para llevar a cabo tal oficio, que es el único afán verdaderamente

¹⁰⁹DE UNAMUNO, M., *DSTV*, pp. 442-443.

¹¹⁰DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 447.

¹¹¹DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 451.

¹¹²DE UNAMUNO, M., *MR*, pp. 118-119.

humano. Por ello, lo religioso para Unamuno, más que el culto o la espera de una vida futura, es el llevar agónicamente el día a día sin desesperación, construyendo, desde el anhelo de infinito, la propia trascendencia a partir del cuidado de la propia inmortalidad, que se cuida, sobre todo cuidando la inmortalidad de los otros. En otras categorías unamunianas, la verdadera gloria, la auténtica inmortalidad es intrahistórica.¹¹³ En nuestros anhelos cotidianos, intrahistóricos, encontramos la verdadera gloria humana. Por ejemplo, no olvidemos que, para el Unamuno de *Vida de Don Quijote y Sancho, Dulcinea*, para Don Quijote, es la gloria.¹¹⁴

Por todo lo anterior es que para Unamuno la ética se infiere de la existencia de Dios, y la existencia de Dios del hambre de inmortalidad.¹¹⁵ Y si la inmortalidad se construye día a día, y lo inmortal es lo propio de lo religioso, luego lo religioso es lo cotidiano, lo del día a día, lo intrahistórico. Y tal es la tragedia de la filosofía, pues ella habla no de lo cotidiano, sino de las aspiraciones de la razón que buscan una inmortalidad histórica. Y cuando la filosofía se ocupa del día a día, que sólo tiene sentido desde la inmortalidad, ella se desespera, porque tiende a lo inmediato, a lo caduco, a la muerte. Así, pues, si la filosofía se descubre en pos de la inmortalidad, ésta reniega de sí misma, y mediante la fe, culmina en religión. La filosofía sería, entonces, lo propio de la muerte; y la religión, el afán cotidiano trascendental, lo propio de la inmortalidad, es decir, de lo vivo que anhela vencer la muerte en su propia carne. Y la naturaleza del hombre es anhelar vencer la muerte, aunque su razón le señale, como a los areopagitas que se encontraron con san Pablo,¹¹⁶ que tal deseo no sólo es absurdo, sino que también es ridículo. Y que más ridículo resulta aún pretender construir la civilización y la cultura en torno a tan absurda idea.

Referencias

- BLONDEL, MAURICE, *L'Action*, París: Alcan, 1893.
DESCARTES, RENÉ, *Discurso del método*, Madrid: Tecnos, 2013. p. 78.
DESCARTES, RENÉ, *Meditaciones metafísicas*, Madrid: Tecnos, 2013. p. 166.
FORMENT, EUDALDO, "Unamuno y el problema de Dios", *Espíritu*, vol. XXXVI, 1987, pp. 126-162.
FORSTER, MICHAEL, *Kant and Skepticism*, Princeton: Princeton University Press, 2008.

¹¹³DE UNAMUNO, M., "En torno al casticismo", en *Obras Completas Vol. 3. Ensayos I*, Madrid: Afrodisio Aguado, pp. 184-189.

¹¹⁴DE UNAMUNO, M., *VDQyS*, p. 40.

¹¹⁵DE UNAMUNO, M., *DSTV*, p. 447.

¹¹⁶Hechos 17, 22-24.

“Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad”: la religión de Miguel de Unamuno

- KANT, IMMANUEL, *Crítica de la razón práctica*, Ciudad de México: FCE, 2011.
- KIERKEGAARD, SØREN, *Frygt og Bæven*, Copenhagen: Søren Kierkegaard Forskningscenteret, 1997.
- LUTERO, MARTÍN, “The Smalcald Articles”, en *Concordia: The Lutheran Confessions*. St. Louis: Concordia Publishing House.
- MAESTRO, JESÚS G., “Miguel de Cervantes, Miguel de Unamuno: El Quijote desde la experiencia estética de la recepción de 1898”, en *Actas II de Asociación de Cervantistas*, Madrid, 1991, pp. 241-242.
- MARÍAS, JULIÁN, *Miguel de Unamuno*, Madrid: Espasa-Calpe, 1956.
- POPKIN, RICHARD, *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, México: FCE, 1983.
- SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, Madrid: Gredos, 2014.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, “Mi religión”, *La Nación*, 9 de diciembre de 1907.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, *Mi religión y otros ensayos*, Madrid: Editorial Renacimiento, 1910.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid: Editorial Renacimiento, 1914.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, “En torno al casticismo”, en *Obras Completas Vol. 3. Ensayos I*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, “Mi religión”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, “La fe”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, “Del sentimiento trágico de la vida”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, “La agonía del cristianismo”, en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, “San Manuel, bueno mártir en *Obras Completas Tomo XVI, Ensayos espirituales y otros escritos*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1958.
- DE UNAMUNO, MIGUEL, *Niebla*, Madrid: Cátedra, 1982.